

**Título:** Agosto en Santiago

**Seudónimo:** Monseñor Ibarra

-¿Tiene usted su celular?- Fueron palabras que congelaron a Iván: uno, porque no estaba en México y dos, porque sabía a la perfección que no seguía cargando el dispositivo.

Viajar a América del Sur, para quien profesa pasión por los estudios latinoamericanos, es un viaje hasta cósmico. Una vuelta a Medina y Meca de sacra peregrinación; no se ayuna ni cubre en vestiduras blancas. Se come lo nuevo y se intenta lo que ya es viejo. El conocer América del Sur y participar en ese guisado astral fue el único deseo de Iván durante agosto de ese año que ya hace tanto terminó. Destino: Santiago de Chile.

El frío que corre por las calles de Santiago en agosto es dialéctica directa al calor que invade al norte de México durante verano e Iván, ansioso estudiante universitario, no estaba preparado. Camina, porque correr y no admirar sería una blasfemia, al Mall Costanera Center buscando el más sencillo de los abrigos. Los precios son inestables al alza: suben al cielo para nunca bajar. La billetera de Iván tiene miedo, pero frío ya no. Un abrigo colorido, emulando los anuncios del gas noble que ilumina las calles, es seleccionado. Se quita una sudadera verde pantano a la que se le acerca su fecha caduca y que ha vivido junto a Iván diferentes tiempos dentro y fuera de México. Mira la hora luminosa que sale de su dispositivo móvil (3:30pm) y lo aleja de él.

El abrigo de colores le va a Iván, le va a Santiago y a toda América Latina. Le gusta a los Dioses que reinaron allí y a la de una, a la de dos y a la de tres queda vendido, Iván satisfecho. Se dirige a la puerta, listo para enfrentar el frío de Santiago, espeso aire que se respira en aquellos que en carne propia sintieron los azotes de la DINA, después del '77 el CNI.

-Disculpe- lo detienen por la espalda –Disculpe- repiten. Extrañado y feliz por entablar conversación, Iván voltea. Sonrisa en cara y ojos bien abiertos reciben a un chico de cabello rizado, profundo y negro, que lo mira con una seriedad local. -¿Tiene usted su celular?-

-¿Mi celular? ¿Él está preguntado por mi celular?- pensante, no responde- Esto ha de ser una broma para la tv local, ¿Quién pregunta por un celular ajeno y más de esa manera? Y por supuesto que lo tengo - se toca los bolsillos, se toca el pecho y el frío de Santiago

ahora congela más. Sus imágenes y sus contactos; su único medio de comunicación, perdido. –No, creo que no. No lo tengo conmigo-

-Eso es porque yo lo tengo, lo dejó olvidado en el probador- Cantó aquel hermano sonriendo mientras ponía en las manos de Iván aquella tan maldita maquinaria de la modernidad líquida y de la que Iván se había hecho dependiente. El extraño se retiró dejando atrás sentimientos perpetuos de euforia, nostalgia y alegría en Iván por aquel acto que sabía no vería con facilidad en su hogar, tierra caliente, tierra lejana.

(507 palabras)